

debe dignificar y respetar todo el sistema político. En el prólogo a *Edades de la Tierra*, el profesor Alfonso Alvarez Villar hace una precisa presentación del autor: «Octavio Uña Juárez es un hombre que tiene la rara fortuna de vivir dentro de esa gran piedra lírica con la que un gran escritor comparó al monasterio de El Escorial. Piedra lírica y evocadora de ensueños. Hay, en efecto, monumentos que nos arrebatan como si, en vez de estar edificadas con piedra o con mármol, tuvieran la urdimbre de los torbellinos. «Aquí, el aire es puro y el espíritu se eleva», diría Nietzsche. Y continúa Alvarez Villar: «Hondo pensador de raíz platónica, sus versos tienen la rotundidad de la columna dórica», para afirmar más adelante que «Uña Juárez tuvo la suerte de haber tenido como valladar contra la intemperie y desfondamiento del pensamiento español, durante los últimos cuarenta años, los muros ciclópeos de El Escorial. Como amanuense en un convento del Cister en horas malas para la cultura occidental, ha conservado íntegra su capacidad creadora. Sus continuos viajes hacia todos los puntos de la rosa de los vientos le han servido, además, para evitar ese "compromiso" en que han caído tantos poetas contemporáneos cuyas obras no serán siquiera canto de cigarra en el jardín de Anacreonte, como en esa metáfora que dirige Borges a los escritores condenados al olvido, pero que, por lo menos, cantaron una sola vez». Y termina el prólogo con una constatación: «Yo tengo fe en Octavio Uña, yo tengo fe en su temple de sabio libre y noble, tras cuatro décadas en las que, agotada la corriente inercial de años mejores, se agostó ese jardín. Pero la vida, la vida orgánica y la del pensamiento, es siempre milagrera, como aquella encina caída del verso de Machado. El presente libro de Octavio Uña Juárez es una de las flores que le han brotado a aquella encina.»

«Tierra interior» es la primera parte del libro, agrupa poemas de tipo intimista, dedicados «A mi padre. / El me enseñó a mirar el infinito / corazón enterrado de Castilla», donde, frente a la impresión del paisaje ya casi roto o abandonado que surge en «Casas de barro», nace la ilusión de rehabilitar nuevas vidas de «Oficio de alfareros» o la admiración febril por la voz redentora de «Palabras al légamo» («Y tú, poeta, hundido, / arrodillado en tierra, / ¿qué pedirás, mendigo, / llegada la primavera? / Nada. / Que sigan su obediencia los caminos. / No se apague el farol de las praderas / ni la lengua / del río. / Constancia centinela / siga soñando el poeta de la luz»), para desembocar en «Mármoles de Cariátide», donde cuatro bellos sonetos describen un paisaje de perfiles exactos y de invulneradas vivencias.

«Diario de la piedra», dedicado a Dionisio Ridruejo, es un canto a El Escorial, de «piedra amontonada por los cíclopes», y a otra naturaleza enfebrecida y terne, transfigurada por la amistad y el recuerdo, pero sobre todo a cuanto, maravillosamente, rodea al monasterio, engendrado en la luz esplendorosa de Castilla.

«Tierra natal» es una explosión de gozo y también de amargura, pero sobre todo de amor. Surge, primeramente, el fantasma de tanta destrucción y tantas lágrimas en Ribadelago. Después, el gozo, sí, de contemplar ávidamente el gran abandono de una Castilla que logra renacer siempre de sus cenizas. El conglomerado de hombres y mujeres que han amado a Castilla por encima de cualquier otra apetencia, ideología o valor. Y esos rincones, nunca inéditos, que tienen un centro nostálgico y bullicioso en Villalar de los Comuneros. «Tierra natal» es un magnífico colofón, una impresionada cuestión de límites precisos, donde el poeta supone que todo es mayor de edad, que los caminos y los rostros avejentados son parte incesante de una tierra que nunca morirá, porque en ella late el espíritu de una lucha a brazo partido con las injusticias y la opresión, todo lo cual servirá de puente de la mano de sus hombres y mujeres, repletos de esperanza. Abren la puerta a estos poemas los versos de Claudio Rodríguez, zamorano de pro, como zamorano universal y fehaciente es Jesús Hilario Tundidor. El quinto poemilla contenido en «De las miradas al ocaso», que Uña dedica al profesor Aranguren, sintetiza parte de un dolor y de la visión futura que el autor tiene de su «tierra natal», y se advierte en los versos del mismo una increíble sensación de angustiada felicidad ante esa inquieta geografía denominada precisamente Castilla.

Si bien el ritmo se mantiene invariable y Castilla surge a cada paso, así como las reflexiones del pensador en torno a palpitantes cuestiones, como la amistad o los senderos, con una especial dedicación a las geografías amadas, los poemas que recoge la muestra antológica han configurado un libro algo diferente al original, publicado bajo el título *Edades de la Tierra*. De todo ello queda fiel reflejo en los últimos versos del último poema:

*A ti, pueblo real, pueblo sin nombre,
sin cielo pueblo, que en la tierra siembras
día a día tu lágrima,
yo quiero querer siempre
y hacerte flor de mi cantar al alba.*

«ANTEMURAL», DONDE CASTILLA ES TODO SENTIMIENTO

Castilla, como un grito, como el dolor de siglos lamiendo las estepas o como una sola e inmensa histeria colectiva elevándose inquieta sobre tiempos y vientos... Castilla, aprisionada por esas circunstancias que le imposibilitan para ser ella misma, para sentirse libre del aterido yugo de aquella personalidad maltratada y quimérica. O como dolorida presencia en las trémulas mentes de poetas, pastores, labriegos y municipales. Siempre de esta Castilla y de sus inherentes angustias calculadas nos habla este poeta que se llama Uña Juárez.

Con el subtítulo «De una elegía por Castilla», el libro *Antemural*, que contenía versos de 1979, fue publicado en la colección «El Toro de Barro», que, en Carboneras de Guadazaón (Cuenca), dirige el también poeta Carlos de la Rica. Al igual que en el caso antes comentado, los versos de este volumen que han pasado a la antología se han visto acortados en algunos poemas, pero su selección es suficientemente interesante y configurativa del quehacer de Octavio Uña como para que puedan seguir siendo ampliamente representativos de la labor, en este caso elegíaca, del autor.

Sin embargo, es útil destacar el prólogo del llamémosle libro original—prólogo debido al profesor José Luis L. Aranguren—, así como unas magníficas ilustraciones de Viola, encuadrando unos versos en los cuales Octavio Uña nos ofrece una acabada muestra del sentir poético y del maravillado amor con que ha conocido, vivido y amado esa inmensa soledad que se llama Castilla. Y lo hace en versos de una musicalidad sorprendente, como identificando cada silencio con una melodía patética o cada paisaje con un agitarse de violines y campanas. No en vano Uña Juárez siente lo castellano como propio y se adentra en su geografía con el suficiente recogimiento para comprender tanta historia fenecida y silenciosa. De ahí que nos quede palpitando en el recuerdo el comentario del profesor Aranguren: «Una Castilla va muriendo y otra renace en la palabra poético-meditativa de este libro.» Del «Poemario de Villalar» son estos versos:

*Posa tu vuelo al agua del aljibe,
tórtola de la paz.
Deja mansa al brocal
la verde oliva de tu viaje.
Ven, mira manos de pan,
penas cansadas.
Ven a Castilla, a Villalar,*